

LOS MOLUSCOS

MEDIO NATURAL Y FACTOR HUMANO

El primero de octubre se levantó la veda de los moluscos en los estuarios gallegos. Los playales descubiertos en las bajamares se pueblan por el enjambre de los mariscadores, provistos de rastros y demás instrumental primitivo de extracción. La frágil dorna adquiere ahora su función más remuneradora, conduciendo a los afanosos predadores del suelo marino, sobre fondos cubiertos de aguas someras y practicables por el huroneo estacional.

Cuadro de riqueza y miseria a la vez, que reclama una preocupación económica y social efectiva. Las Rías gallegas, y notoriamente las Bajas por sus mejores condiciones de amplitud y abrigo, constituyen un regalo de la Providencia, que el hombre sólo aprovecha en una mínima parte. Dotadas sus aguas de un grado de productividad primaria realmente excepcional, parece que hubieran sido embalsadas por la Naturaleza, sin perder ninguna de las virtudes genésicas del mar abierto, para compensar a las poblaciones ribereñas de otros infortunios sociales.

La realidad, sin embargo, es distinta de tan confortable apariencia. Los veneros de ostras, el más valorizado de todos los moluscos que lucen en nuestras mesas, atraviesan desde hace años una fase de decadencia, que sólo podría ser superada a base de parques artificiales y control técnico de la reproducción y la recreación. Otro tanto cabría decir de la almeja, sobre cuyos lechos cae anualmente la avidez predatora, descargando una intensidad superior a la compatible con un ritmo holgado de reproducción.

La situación no es tan dramática para el berberecho, que fué tradicionalmente la cenicienta de los bivalvos gallegos. Pero también el fantasma de la exhaustividad está rondando las reservas del «cardium edulis», blanco corazoncito de la arena.

De la vieira, la zamburiña, la navaja, etc., ¿para qué hablar? Son poco más que reminiscencia viva de la gama en extinción.

Dejando a un lado el percebe, sobre cuya defensa biológica pocas posibilidades se ofrecen actualmente, el cuadro podría completarse con el mejillón. De esta especie las reservas naturales, aún abundantes, han pasado a ser semillero de los viveros flotantes, donde se concentra hoy la producción masiva. Sólo esta rama se halla industrialmente desarrollada y organizada para aprovechar intensamente la productividad primaria de los estuarios gallegos, derivada de la foto-síntesis y la disponibilidad de nutrientes en suspensión.

La industria mejillonera es un ejemplo de lo que podría rendir el cultivo tecnificado de las demás especies, primordialmente la ostra y la almeja. Sin embargo, tampoco en esta rama el juicio estimativo pue-



de ser plenamente satisfactorio. Porque la organización de la producción de recursos naturales en escala industrial, es necesario que se haga con beneficio, y no para sacrificar un esfuerzo caudaloso con escaso fruto al desordenado apetito de la especulación. Que es lo que viene sucediendo con la producción mitícola de Galicia, como en otro lugar de este número se revela.

El interés social de la reconstitución molusquera de Galicia, está en el ingreso que puede proporcionar a las poblaciones dedicadas a esta actividad. Se trata de un proceso económico, cuyo éxito depende de la posible maximización del rendimiento. Todo lo demás es miseria, cuando no es la más aguda de sus formas: hambre.

Si se pretende buscar solución a un problema tan atractivo desde el punto de vista del desarrollo económico regional, es necesario comenzar ligando el medio natural con el elemento humano, para proporcionar a la situación en que ambos se hallan el tratamiento adecuado. Hay una población que vive de las especies sedentarias diseminadas por el fondo marino, y que se considera asistida de un derecho natural a su espontánea apropiación. Una población empujada por la necesidad de comer, vestirse, pagar las contribuciones, educar a los hijos, etc.

Es innegable que este factor, e incluso su mentalidad poco apta al cambio económico, constituye un obstáculo para la ejecución de los programas de desarrollo. Pero es un obstáculo que sólo se puede remover humanamente, extremando la comprensión, dulcificando el tránsito, buscando el convencimiento antes que el vencimiento. Sin olvidar qué, en fin de cuentas, ese no es el obstáculo mayor. Para nosotros mayor es el abandono indefinido de los problemas, el regateo de medios financieros para las obras de verdadera trascendencia social, mientras la holgura campe para fines de ostentación.

El mar, como es sabido, devuelve ciento por uno. Aun tratándose de un mar doméstico, como el que cubre nuestras Rías. Pero si aún le negamos lo poco que exige, si no aprovechamos las ventajas del privilegio natural con que fuimos dotados, no tendremos derecho a más próspera suerte.